

Primer Lugar

Orlando Ortiz

DEUDA DE HONOR

Pué que ustedes ni me lo crean, pero cuando vi entrar a Urbano Canales me latió que la cosa se iba a poner buena. Saludó llevándose la mano al sombrero y avanzó despacito hacia la mesa donde estaba echándome un pókar con el Chueco Treviño y el Bato Cantú. Desde atrás de la barra Dante siguió con la mirada a Urbano, y apenas lo vió sentarse con nosotros vino a traerle su cerveza, cacahuates y hartos limones. Todo fue como muy en silencio, nomás se oía a los Jilguerillos Barranqueños darle al acordeón, la redova y el bajo sexto con esa de *La malsentada*, que se habían aventado el buti de veces porque se las pedía Primitivo Cisneros, que andaba herido desde que una sanababicha le dio calabazas allá por Mc-Allen.

—Le entro a la jugada— dijo Urbano de buenas a primeras, sin preguntar siquiera si se podía.

Todos voltearon a vernos, esperando lo peor, y yo sin mirarle siquiera le dí cartas. Me llevé la partida y cuando estaba jalando el dinero:

—Afortunado en el juego, desafortunado en amores— comentó él.

—Ese es el consuelo de los perdedores— respondí.

El Chueco y el Bato se alzaron de la mesa, “que ya es muy tarde”, dijeron, pero nomás se arrojaron a la barra y pidieron otra cerveza, dejándonos solos a Urbano y a mí, que empezamos a jugar fuerte y casi sin hablar. La cantina se fue silenciando poco a poco y la gente se acercó; hasta Primitivo, con todo y su borrachera, se sentó a la mesa nomás a ver, y le brillaban los ojos cada que se me malograba el juego. Los muy arrastrados se olían hacia dónde iba la cosa. En media hora, poco más o menos, Urbano me desplumó por completo.

—Va la buena, Martín.

—Ya no traigo con qué.

— Pero cómo no. Tu tienes algo que yo quiero, y si vine desde tan lejos fue para llevármelo. No me gustó nadita eso de que cuando fui a buscarla me dijeran que tú te me habías adelantado.

—¿Y qué me reclamas? La hice mía a lo derecho.

—Pero tú sabías que me gustaba, Martín, que la quería para mí y que por eso me fui a Járlinchen a juntar dinero.

—Andas errado, Urbano. También a mí me gustaba, y cuando te pelaste p’al otro lado me afijuré que por allá te olvidarías de ella y te conseguirías otra, por eso . . .

—No seas afrentoso, si yo había dicho que volvería por ella, lo iba a cumplir.

—Entra en razón, carnal. Ultimadamente, si ahorita no fuera mía otro se la habría llevado.

—Pero da la casualidad que no es de otro, sino tuya, y que te la juego contra lo que está aquí: casi sesenta mil varos.

—Eso no es nada, para mí vale mucho más, descontando que la quiero como no te imaginas.

—Me late que son habladas, pero . . . —de la bolsa de la chaqueta sacó un fajo de dólares y los aventó sobre la mesa— le agrego esto. Todo lo que tengo, tú dices.

Una sonrisota muy caraja se pintó en la jeta de Primitivo, que parecía estar pensando que ya me iba a ir igual que a él. En la cantina no se oía más que el runrruneo del aire acondicionado.

— ¡A ver, jilgueríos, échense *El tahúr* —gritó Urbano—, p’a alegrar esto un poco.

Quería ponerme en ridículo, así que le dije a Dante que sirviera las otras, trajera más botanas y de paso se jalara una baraja nueva. A pesar de la música, que ya iba en eso de “el la convirtió en su esposa ante el altar del señor, era para él una rosa de su jardín bella flor”, se oyó uno como resuello de la coyotada presente. Dante regresó con lo pedido y limpió muy bien la mesa. A mí de pronto me entró una confianza muy grande.

—Barájala, Urbano y que Primitivo dé el juego. Abierto, si te parece.

—Vale, carnal. Pero que de una buena vez él baraje, corte y reparta.

Comenzó a dar las cartas y de entrada le tocó un cinco al otro y a mí un rey, que se convirtió en par cuando me dieron la carta cerrada. Luego Urbano abrió un joto y le dieron carta. Yo pedí abierta la tercera y me salió un ocho.

En eso entró un bato—loco a la cantina y Dante ni lo fumó cuantimeno porque en ese momento el otro descubría un cinco. Ya tenía su par, todos pensaron que me estaba embrocando, así que abrí el rey y me dieron cerrado el cuarto naipe. Nomás le levanté una esquinita y vi que era un mórdrigo tres, pero sonreí como si me hubiera tocado algo bueno. Urbano, como si nada, volteó su tercer cinco antes de que le dieran la última carta. Dejé tapado el tres y me dieron abierto ¡un rey! La gente cuchicheó y se puso más tirante la cosa, mientras los jilguerillos iban en esa parte de “se oyeron dos fogonazos de dos balas expansivas, primero mató a su amada, después se quitó la vida”.

Se acabó la música, estaban pendientes de lo que iba a suceder. Mi tercia era mayor que la suya y además ignoraban que no había más. A Urbano podía haberle tocado otro joto, eso ni él lo sabía, porque no había mirado su carta, y completar el pókar estaba jijo, más cuando tenía atravesado ese joto que le salió casi de entrada, lo que es salación. Como quien dice yo tenía ganado el juego, pero por aquello de no—te—entumas me convenía meterle miedo para obligarlo a retirarse. Porque si perdía no me iba a quedar más que entregársela, pues p’a mí las deudas de juego son deudas de honor, así que no lo pensé más y me llevé la mano al cuadril. Se ciscaron toditos y asustados se echaron p’atrás, cuando me vieron sacar la 45 de pavón oscuro y con cachas de plata labrada.

—Lo convenido, más ésto, si quieres ver mi juego.

Urbano le dió un trago a la cerveza, se echó un puño de cacahuates al hocico y sacó su 38 especial.

—Pago, pues.

Me había fallado la maniobra. Se veía que de a deveras quería quitármela. Destapé de un jalón mi tres y la gente ni se movió, todos estaban viendo a Urbano que se empujó la cerveza hasta el fondo antes de empezar a voltear, muy despacito, su última carta:

—Pókar de cincos, Martín. Es mía, te la gané.

—Unos gritaron entusiasmados, otros nomás se rieron burlones los músicos empezaron a tocar *El barrilito* y Dante se fue a servirles a los que ya estaban pidiendo tragos y chachalakeando de la Partida. Me metí las manos a las bolsas de la chaqueta y en la derécha, junto a las llaves de mi chante sentí la navaja de muelle y la apreté con fuerzas. Se me ocurrieron algunas locuras, pero. Mientras Urbano alzaba de la mesa el dinero y las pistolas, le aventé con la izquierda las llaves:

—Ahí tienes, es tuya. Ya sabes donde está.

—Me convino que fuera tuya primero. Ahora recién pintadita, con sus llantas gordas y las franjas que le pusiste me gusta más que antes, carnal. Esa troquita quedó de pocas.

—No le buygas, Urbano; llévatela de una vez y déjame en paz.

Le dió unos billetes a Dante y dijo que les invitaba el trago a todos. Luego salió de la cantina. Primitivo andaba baile y baile solo, haciendo que los jilguerillos le tocaran una vez tras otra la de *El Tahúr*. Yo estaba que se me podían tostar chiles en el lomo, pero me decía que nada habría ganado entregándole mi troquita con las llantas pochadas. Primitivo seguía bailando burlón. Entonces saqué la navaja de muelle, hice saltar la hoja y . . . comencé a limpiarme la mugre de las uñas, para que vieran que no me importaba nada lo que había pasado. Nomás a ustedes les digo la verdad, que sí me dolió perderla, y mucho.

EL TAHUR
(Adolfo Salas)

Martín Estrada Contreras
un tahúr profesional
lo respetaba la gente
porque jugaba legal
era pa' todos derecho
sabía perder o ganar.

Pero una joven hermosa
le llegó hasta el corazón
él la convirtió en su esposa
ante el altar del señor
era para él una rosa
de su jardín bella flor.

Al pueblo llegó un fulano
con Martín vino a jugar
pero Martín perdió todo
ya no tenía qué apostar.

"Si quieres mirar mis cartas
tienes que pagar por ver"
Martín contestó sereno
"te apostaré a mi mujer"
tenía una mano segura
sabía que no iba a perder.

Se destaparon cuatro ases
se sintió Martín morir
del juego así son las leyes
hay que aprender a sufrir
tenía un pókar de reyes
no había ni qué discutir.

Martín salió como un rayo
en dos horas regresó
su esposa iba a su lado
todo en silencio quedó . . .

Pa' mí las deudas del juego
son siempre deudas de honor
Te entrego lo que más quiero
pero te la entrego muerta
aunque me destruya el alma
de sentimiento y dolor.

Se oyeron los fogonazos
de dos balas expansivas
primero mató a su amada
después se quitó la vida.

